

JORDI SIERRA I FABRA

ILUSTRACIONES DE CRISTINA PICAZO

LA CHICA ELÁSTICA QUE PODÍA SALTAR



(UN POCO LEJOS)



PRIMERA PARTE
EL ACCIDENTE FATAL



1

¡Jo, si es que todo fue...!

¡Una pasada!

Y yo, viva de milagro, sí, pero...

Bueno, a ver cómo lo cuento porque de palabras y esas cosas nunca he sabido mucho.

Sucedió hace un año.

Yo entonces tenía dieciocho.

Suerte, lo que se dice suerte, no he tenido mucha, para qué andarse por las ramas. No cuento mi historia porque es más bien un culebrón de esos colombianos o mexicanos o venezolanos. Aunque sí diré que soy huérfana total, de esas que no tienen a nadie. Un drama. A mi madre la embarazó el párroco de la iglesia de al lado de casa. Mucho bendecir, mucho bendecir, y la

bendijo del todo. A él le trasladaron, pero el mal ya estaba hecho.

Claro que... tanto como el mal... Pues no. A fin de cuentas, salí yo.

Luego mi madre se...

Vale, he dicho que no iba a contar mi historia.

Sigo.

Cuando salí del orfanato, ¡hala, a trabajar! ¿Y de qué? Pues de qué iba a ser: de mujer de la limpieza. No tenía otra. Sí, claro, una tiene aspiraciones, y le dicen que es joven, y relativamente guapa, y tal y cual y esto y lo de más allá, que mañana es domingo y al otro lunes, no sé si me explico. Lo de ser joven no te garantiza nada, salvo que estás fuerte y tienes energía para poder con todo, porque sueños..., caray, de eso no le falta a nadie. Y lo de ser «relativamente atractiva»... A ver, ¿qué es eso de «relativamente atractiva»? ¡O lo eres o no lo eres! Yo creo que te lo dicen A) para no llamarte fea directamente, o B) para que te dejes seducir. Yo me miraba al espejo y me veía..., pues eso, bien, normal. Ni muy alta ni muy baja, ni muy de esto ni muy de lo otro...

¿Por dónde iba?

¡Ah, sí, estaba en lo del trabajo!

Mujer de la limpieza.

Primero lo probé en unas oficinas. Un muermo. Tenía que entrar cuando se fueran todos, y a veces se quedaban hasta tarde. La dichosa manía de los españoles de seguir en el trabajo hora tras hora, para que los jefes vean que curran, o porque no tienen nada que les

interese más en casa. Así que, si ya era pesado trabajar hasta las tantas, no veáis hacerlo casi hasta la madrugada. Por Dios, me caía de sueño.

Luego probé en casa de una familia rica, de esas que viven en un barrio pijo-repijo. El piso era enorme, estaba lleno de cosas valiosas, y tenía todo el día a la señora en mi nuca dándome instrucciones. Hasta aquí, pasable. Pero el día que tuve en la nuca, y no precisamente para darme instrucciones, al hijo de la familia, empeñado en hacerme lo mismo que el cura a mi madre..., me fui. Imaginé que si pasaba algo, encima la culpa sería mía.

Así fue como llegué a los Laboratorios Nucleares s. a.

La diferencia entre limpiar oficinas o una casa y unos laboratorios es enorme. En una oficina hay papeles por todas partes, mesas que parecen basureros, ceniceros repletos (sí, con colillas, y eso que está prohibido fumar, que lo dice la ley, que son todos unos insensibles drogatas y viciosos del tabaco); y en una casa, polvo, polvo, polvo. Acabas de pasar el plumero y ya vuelve a haber polvo. El agravante es que en una oficina no puedes romper nada y en una casa sí, ¡todo es rompible! Entonces, ¿qué hay en unos laboratorios? Pues recipientes de cristal por todas partes y muchos líquidos de colores, máquinas que echan chispas y ordenadores llenos de datos y cifras. De hecho, me metí en una trampa. ¡Todo era peor!

Un ejemplo: un día rocé un teclado... Pero nada, un roce, en serio, y la pantalla se volvió loca. Y yo

venga a decir que cómo iba a limpiar el polvo sin al menos rozar el teclado. Nada, casi me echan. Otro día limpié una cosa que ellos llaman pebetero en la que quedaba un poco de una cosa pastosa... y resultó que la cosa era el resultado de un experimento muy importante en el que habían trabajado días y días. También casi me echan. Otro día más eché un resto de líquido en un recipiente con otro y empezó a salir un humo verde... pero verde, verde, verde... Tuvieron que cerrar el laboratorio porque era tóxico. Y, de nuevo, casi me echan.

¿Y por qué no me echaban? ¿Por qué siempre era «casi»? Pues porque nadie quería trabajar en un lugar así. Las demás mujeres de la limpieza, con más práctica y experiencia que yo, se lo olían y pasaban. A una que tuvieron antes que yo se le cayó el pelo, y a otra se le puso la piel roja como un tomate. Claro que eso lo supe después.

Tranquilos, que ya llegamos al día D, o como se llame cuando pasa algo que te cambia la vida.

¿Queda claro que yo limpiaba los Laboratorios Nucleares s. A.? ¿Queda claro que ahí se dedicaban a hacer experimentos? ¿Queda claro que, en medio de cincuenta o sesenta científicos y científicas, todos con sus batas blancas, todos muy listos, yo era la última mona?

Pues vale.

Aquel día de primavera lucía el sol, era viernes y yo me moría de ganas de que llegara el finde para ir

al cine a ver una peli de amor y de llorar, porque una peli solo es de amor de verdad si lloras, y una necesita llorar con las desgracias de los demás, aunque sean inventadas en el cine, para descargar sus propias penas y aliviarse, ¿o no?

Lo que digo, que fui a trabajar y a eso de las doce, cuando los del laboratorio 9 se fueron a desayunar, yo aproveché para entrar porque habían chamuscado qué sé yo cuántas cosas.

Achicharradas, vamos.

¡Y vaya si limpié!



2

Hay laboratorios llenos de cosas de cristal. Hacen química. Hay laboratorios llenos de aparatos. Hacen física. Los hay solo con ordenadores. No tengo ni idea de lo que hacen porque no me entero. El laboratorio 9 era de los de física. Aparatos y más aparatos, cosas que echan chispas y tal. Yo, de verdad, lo juro por mi madre, iba con un cuidado... Vamos, que más que quitar el polvo lo soplaba, no fuera a liarla.

No había nadie; entré y dejé la puerta abierta, por si acaso. Eso ya lo tenía claro. Los científicos me decían siempre:

—Laurita, ten siempre una vía de escape.

Y yo les hacía caso.

Por cierto, ¿había dicho que me llamo Laura? No, ¿verdad? Pues sí: Laura Moreno Crespo, para serviles. Los del laboratorio me llamaban Laurita por ser joven y todo ese rollo. Cuando las personas serias se ponen en plan condescendiente... da una rabia. Las pisarías.

Así que, allí, Laurita por aquí, Laurita por allá.

El único tipo majo era uno que se llamaba Roberto. Científico, sí, pero diferente. De entrada, porque era joven, veintipocos. A continuación, porque cuando me veía, se quedaba con la boca abierta, ya veis, como si fuera qué sé yo. Y de salida, porque si tenía que hablarme, se ponía rojo. Y los primeros días hasta tartamudeaba. Si no fuera porque él era científico y yo la chica de la limpieza, en ese momento hasta hubiera pensado que yo le gustaba. Y él a mí... Bueno, era mono, tan dulce y tierno. Por si acaso, pregunté y me dijeron que era un *gustavito*, un cerebritito de esos que se pasan la vida entre números, fórmulas, experimentos y cosas así. Comprendí que nunca había visto ni estado con una chica, el pobre.

Bueno, yo tampoco había tenido novio.

Y no por falta de ganas, qué va: falta de oportunidades. A mí, por ejemplo, un novio me habría venido bien. Sí, vale, la libertad, la independencia y todo eso, que feminista soy, pero ¿qué queréis que os diga?, unas caricias por aquí, unos besitos por allá...

Si os contara...

¡Pero cómo me enrolla, hay que ver!

Estábamos en el laboratorio 9. Yo acababa de entrar, no había nadie, iba a limpiar...

No vi que en el suelo había una pasta pringosa, ya que eran todos unos guarros; se les caía algo y ¿qué, se agachaban para quitarlo? ¡Ah, no, que lo hiciera Laurita, que para eso estaba! Pues mira tú por dónde, la pasta pringosa era de un resbaladizo que *pa* qué.

Y yo, escopeteada como siempre...

Voy, la piso y...

¡Zas!

¡Dios, qué santa leche (con perdón)!

A ver, ¿qué iba a hacer? ¡Pues sujetarme donde pudiera!

Primero me vi flotando en el aire, en plan patas para arriba y cabeza para abajo. A continuación, antes de que mi trasero impactara contra el suelo, alargué los brazos lo más que pude para tratar de agarrarme a donde fuera. Y para terminar, mientras aterrizaba toda yo a lo largo y ancho, noté que mi mano presionaba algo.

Algo.

¿Habéis visto que en las películas hay siempre un botón rojo que es el más peligroso, el que dispara los misiles, el que lanza la bomba, el que autodestruye la nave y cosas así, y que encima está ahí en medio, para que cualquiera estornude y se apoye en él? ¿Lo habéis visto? ¿A que sí?

Pues en el laboratorio 9 de Laboratorios Nucleares s. A. había un maldito botón rojo.

¿Y quién lo presionó a lo bestia?

Lo habéis acertado.

Yo.

La Laurita.

¡Hay que ver lo que da de sí un botón rojo!

De buenas a primeras, todo se iluminó con una luz blanca cegadora. De buenas a segundas, la puerta se cerró con estrépito porque el sistema de seguridad se activó de inmediato. Y de buenas a terceras, sonó la clásica voz, animosa ella:

«¡PELIGRO! ¡ATENCIÓN: SISTEMAS ACTIVADOS SIN PROTOCOLO DE SEGURIDAD! ¡PELIGRO! ¡ALERTA MÁXIMA! ¡REACCIÓN POSITRÓNICA EN FASE PROGRESIVA! ¡PE-LI-GRO!».

No, si ya me había enterado, que no soy sorda.

Además de la voz, una sirenita.

Y no la de la peli, qué va. Una de esas que hacen: ¡UUUUUH... UUUUUH... UUUUUUUUH...!

Me levanté como pude del suelo, porque después del costalazo me dolía todo. Lo primero que vi fueron las lucecitas de alarma. Todo el laboratorio parecía un álbum de Navidad lleno de bombillitas de colores, pero sin árbol. Lo segundo que vi fueron las caras de los del otro lado del cristal de seguridad, que iban llegando espantados. Lo tercero que vi... Bueno, ya no estoy muy segura porque me hice pis encima.

¡Qué vergüenza!

Fui a la puerta. Cerrada. ¿Podía abrirse desde el interior? No. ¿Y desde el exterior? Sí, pero no iban a

estar tan locos de abrirla antes de que se produjera lo que iba a producirse.

Creo que lo llaman reacción en cadena.

¡Para cadenas estaba yo!

—¡SÁQUENME DE AQUÍ! —les grité.

Todos pálidos. Todos quietos. Todos viéndome ya difunta.

Como que hasta se ponían unas gafas de sol de estas gordas para resistir y ver explosiones atómicas, aunque allí dentro lo de atómico...

¡Los muy...!

La sinfonía de luces a mi alrededor iba en aumento.

La voz de alarma, alegría de la huerta ella, seguía repitiendo lo de «peligro», «alerta máxima», «reacción positrónica en fase progresiva» y todo ese rollo.

Entonces empezaron a saltar chispas.

¡Flis! ¡Flas! ¡Flus!

Un 4 de julio a la americana en un laboratorio hispano.

Me sentí como un maldito pararrayos.

En un momento dado, todas las chispas confluyeron en mí.

Me convertí en una especie de receptor-emisor. Toda yo brillaba. Sentí un cosquilleo que me iba de la punta de los pies a la punta de los pelos, porque, desde luego, se me pusieron los pelos de punta. En la cabeza, además del miedo, más cosquillas. En el estómago, además de los retortijones, más cosquillas. Me



habría echado a reír de no ser porque sabía que estaba frita, pero frita frita frita. Iba a morir.

Y todos aquellos y aquellas de la bata blanca, mirándome desde el otro lado de los cristales.

Rata de laboratorio: yo.

¡Me dio una rabia!

Finalmente, llegó la gran explosión.

Ahí sí que ya no vi nada. Todo se volvió blanco. Y tampoco me enteré de nada, porque no solo me envolvió la blancura, sino que yo me fundí con ella.

Adiós.

Lo último que recuerdo fue que mi cuerpo estallaba como una supernova maravillosa.